

FIESTA DE SAN ATÓN

(Seminario, 22 de mayo 2026)

En esta fiesta de San Atón, patrono de nuestro seminario de Badajoz es una ocasión providencial para saludaros a todos vosotros, amigos y bienhechores de nuestro seminario: “¡El Señor os dé la paz!”. Pero es un ocasión no menos providencial para dar gracias a Dios por el don de quienes a lo largo de muchos años han entregado su vida al servicio del evangelio y del pueblo santo de Dios como sacerdotes, particularmente a los que ayer y hoy estuvieron o están vinculados a este centro de formación. Gracias.

Queridos hermanos y hermanas: Sr. Rector, don José Juan; formador, Don Francisco; y Don Feliciano. Director espiritual: con mi saludo afectuoso y fraterno, vaya mi sincero agradecimiento a vosotros que habéis aceptado servir a la Iglesia en la formación de nuestros seminaristas. Un trabajo tantas veces callado e incluso incomprendido. Gracias por vuestro trabajo y servicio a la Iglesia de Mérida-Badajoz y a la Iglesia universal, pues quien forma un sacerdote lo forma tanto para la Iglesia particular como para la universal. Gracias por vuestra entrega y, sobre todo, por creer en lo que estáis haciendo.

Sr. Vicario General, Sr. Vicario de Evangelización, Sres. Vicarios episcopales, sacerdotes, consagrados, ex formadores, director y profesores del Seminario/Colegio diocesano en los que nuestros seminaristas menores reciben su formación intelectual; queridos padres de las familias que confiáis en nuestro seminario para la educación/formación de vuestros hijos. Gracias por vuestra presencia, gracias por vuestra cercanía, gracias por seguir creyendo que el Señor se sigue sirviendo hoy de esta institución para formar nuestros futuros sacerdotes, como se sirvió para formar a la gran mayoría del clero de esta Archidiócesis durante tantos años.

La presente es también una ocasión propicia para mirar con esperanza al seminario, corazón de nuestra Archidiócesis, donde el Señor sigue sembrando la llamada al sacerdocio. Es significativo que en este momento la mayoría de los seminaristas mayores provengan del menor. Sí, nuestro seminario tiene una gran historia que los historiadores sabrán contar, pues fue el 26 de octubre de 1754 cuando los seminaristas durmieron por primera vez en esta sede del Seminario. Pero nuestro seminario pero tiene vocación de futuro. Un futuro que depende del dueño de la mies, pero en cuya construcción estamos llamados a colaborar todos. Y cuando digo todos, estoy diciendo todo el pueblo santo de Dios: laicos, consagrados y presbíteros.

La fe mueve montañas. Una fe genuina, como un grano de mostaza que, por pequeña que sea puede superar obstáculos aparentemente imposibles cuando se confía plenamente en Dios (cf. Mt 17, 20), para el que no hay nada imposible (cf. Lc 1, 17). Echemos las redes fiándonos de su palabra ((cf. Lc 5, 5). Dios sigue llamando y llamando al sacerdocio ministerial. Lo digo desde mi débil y pobre fe y porque lo he experimentado y lo sigo experimentando. El Señor nos está haciendo una llamada a la

esperanza, pues aunque no sea el mejor momento para la pesca, el Señor puede hacerla propicia. Todos sabemos que no es el momento más propicia para la siega, los campos ya “blanquean para la siega” (cf. *Jn 4, 35*)

La Palabra de Dios que hemos escuchado en la primera lectura y en el Evangelio encuentra hoy una luz especial en aquellas palabras que la Iglesia nos propone en el canto que al Evangelio: “El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podéis” (*Jn 15, 5*).

Estas palabras nos recuerdan una verdad fundamental: toda vocación nace de Cristo, vive de Cristo y solo pueda dar fruto permaneciendo unida a Cristo, o como decía el Papa Francisco: las vocaciones nacen del sagrario, del amor a Cristo y de Cristo. Un seminario no es simplemente una casa de estudios, ni una institución humana. El seminario es, ante todo, un lugar donde los jóvenes aprenden a permanecer en la vid que es el Señor. En el seminario se forma en todas sus dimensiones la persona. En el seminario forman el corazón, la inteligencia y el espíritu los futuros pastores llamados a transparentar a Cristo Buen Pastor.

San Atón comprendió bien esta verdad. Como obispo supo que no bastaban las capacidades humanas, ni el prestigio, ni las obras exteriores. Lo esencial era vivir unidos al Señor. Solo quien permanece en Cristo puede sostener al pueblo de Dios, anunciar el Evangelio con fidelidad y servir con humildad a la Iglesia.

También hoy necesitamos sacerdotes profundamente unidos a Cristo. El mundo no necesita funcionarios del sagrado, sino hombres de Dios, hombres de oración, de Eucaristía, de caridad, de cercanía a todos, especialmente a los últimos. Sacerdotes que, como la vid, dejen pasar la savia del Evangelio, pues solo ella podrá llenar la sed y el hambre de plenitud que sienten el hombre y la mujer de hoy. Y es que la pobreza más grave, como afirma el Papa León, es la pobreza espiritual, el no conocer a Dios.

Por eso esta fiesta del pacense San Atón—para muchos pudo haber nacido en Badajoz— nos recuerda la responsabilidad de orar por las vocaciones sacerdotales. Como ya dije, el Señor sigue llamando, pero necesita corazones disponibles y comunidades cristianas que acompañen, animen y sostengan esa llamada. Cada familia cristiana, cada parroquia, cada sacerdote, cada laico y consagrado, todos han de sentirse responsables del seminario y de las vocaciones. La Iglesia necesita corazones que ardan por el celo del Señor y que con su palabra y ejemplo formen a nuestros jóvenes en el arte de la escucha del Señor, como hizo el sacerdote Elí en el caso de Samuel (cf. *1Sam 3*). Por eso tal vez hoy el Señor nos pregunta a cada uno: ¿permaneces unido a mí? Porque no solo los sacerdotes necesitamos estar unidos a la vid; todos los bautizados estamos llamados a vivir desde Cristo. Cuando nos alejamos de Él, nuestra vida pierde fuerza, alegría y fecundidad espiritual. Pero cuando permanecemos en él, incluso en medio de las dificultades, damos fruto abundante (*Jn 15, 1-8*).

Pidamos a San Atón que proteja al Seminario de Badajoz, a sus formadores y seminaristas, que nunca falten jóvenes generosos que respondan al Señor con

valentía, y que todos nosotros permanezcamos siempre unidos a Cristo la verdadera vida, fuente de vida y santidad. María. Madre de la Iglesia y de los sacerdotes: vela por los sacerdotes en dificultad y alcánzanos de tu Hijo sacerdotes santos y sabios, según el corazón de Cristo el Buen Pastor. *Fiat, fiat, amen, amen.*